

céspedes y á que prestan sombra frondosos árboles, cuyo aspecto produce cierto estremecimiento religioso. En torno habitan pocos seres animados. Sólo perturban aquel solemne silencio el ruido de un rebaño, una gallineta, un ciervo marino que se alza en medio de las cañas. A la extremidad septentrional está la antigua aldea con sus altos muros, y la calle de árboles en que se veneraba la imagen de la diosa. Aquel sitio se halla actualmente invadido por los juncos, si bien recuerdan los antiguos días fragmentos de altares y piedras del sacrificio. A distancia de mil pasos se descubre el mar, el promontorio de *Stubban-Kammer* y el *Konigtul* con sus altas columnas.»

Además de los dioses de que hemos hablado, cada tribu tenía los suyos, y adoraba, ora á las potestades de la naturaleza, á estilo de los persas, ora á los héroes y al génio del país bajo el nombre de Irminsul. Si quisiéramos consultar el Edda y las tradiciones islandesas, hallaríamos más de un punto de analogía entre las religiones escandinavas y las de Oriente. Pero el clima del Norte empobrece el cielo de divinidades y de delicias; no puede ofrecer más que la caza y el aguamiel á miserables dioses vencidos por gigantes, espantados por el lobo Fenris y obligados á recurrir á Lochi su enemigo, á fin de libertarse de las emboscadas con que se les intimida. Todos estos dioses envejecen; morian en el caso de no poseer las manzanas del Iduna, y cuando lleguen á faltarles perecerán con el universo.

Al principio eran la noche y el caos, pero el Allfandher criador existía desde toda eternidad en el vacío inmenso. Produjo la tierra de Ginnungapap, toda cubierta de hielos, y la de Muspeleim, de suelo abrasado, custodiada por Surthur, que vendrá un día armado con su espada fulminante á combatir á los dioses y á reducir el mundo á cenizas. Penetra el calor de Muspeleim y hace que se derritan los hielos del Norte; de allí nace el gigante Imer, nutrido por cuatro torrentes de leche, que son producidos por la vaca Odumbla. Una noche engendra Imer un hombre y una mujer con el brazo izquierdo; con los pies dá á luz un mancebo, tronco de los gigantes Rimthursos. Lamiendo Odumbla una piedra cubierta de carámbanos, hace brotar el primer día cabellos, el segundo una ca-

beza, el tercero un hombre, Bor. Habiéndose casado éste con la hija de un gigante, engendró á Odino, á Vili y á Ve, que habiéndose ligado dieron á Imer muerte. Su sangre, manando á oleadas, ahogó á los gigantes, á excepcion de uno que huyó con su mujer dentro de una barca, y fué á otra parte á propagar su raza. La carne de Imer sirvió á los hijos de Bor para formar la tierra; con su sangre hicieron los lagos y los mares, con sus huesos las montañas, con sus dientes las piedras, con su craneo la bóveda celeste, sostenida por cuatro enanos; con sus sesos las nubes, con sus cejas una empalizada para protegerles contra los gigantes, con las chispas de fuego procedentes de Muspeleim, las astros y las estrellas.

En el país de los gigantes vivía Nor, que dió al mundo la noche, ésta al día. Recorre la noche el cielo sobre un corcel que sacude su freno á cada paso, y la espuma que arroja es el rocío. Cabalga el día en un caballo fogoso y su crin ilumina la tierra. El sol y la luna, son dos hermosos niños, arrancados por Odino á su padre, que huyen acosados continuamente por dos devorantes lobos.

Yacia desierta la tierra cuando pasando por la ribera del mar los dioses vástagos de Asgard vieron dos ramas flotantes; las recogieron y formaron á Ask y á Ambla, á quienes Odino dió el alma y la vida, Lodur la sangre, la palabra y los sentidos. Enir el espíritu y el movimiento; fueron colocados en el Midgar en seguida.

Se reúnen los dioses en consejo bajo Igdrasil, el fresno más grande que existe; sus ramas cubren la tierra, su copa hiende el cielo, profundizan hasta el centro de la tierra sus raíces, tocando una de ellas en el infierno, otra en el país de los gigantes, la tercera en la morada de los dioses. En el país de éstos brota el manantial de la sabiduría, perteneciente á Imer. No pudo gustarlo Odino sin perder un ojo. Muy cerca se halla la fuente de lo pasado, donde se congrega el concilio celeste y pronuncia sus fallos; allí entre las normas ó parcas, *Urd*, *Verdandi*, *Schuld*, (pasado, presente, venidero), retuercen con sus callosos dedos el hilo de la vida de los hombres, lo devanan en derredor de su enorme rueca, y lo cortan con tijeras de hierro. Posa sobre las ramas del fresno

el águila que sabe una infinidad de cosas; al pié roe una serpiente las raíces, y de uno á otro de estos animales corre una ardilla sembrando la desconfianza entre ellos. A las inmediaciones de Igdrasil están asimismo dos hermosos cisnes, que harán oír un día su canto de muerte, y cuatro ciervos que se reparten sus hojas.

Habitan los dioses esplendentes moradas con muros de oro y techos de plata. Odino tiene además una ciudad brillante como el sol, en rededor de la cual vuelan los *alfes*, espíritus alados y luminosos. Construyeron los dioses el arco iris para comunicarse con la tierra; en medio estorba el paso á los gigantes un surco de fuego. Cotidianamente lo sube y lo baja la divina tropa á caballo. Solo Thor está obligado á seguirles á pié por ser tan pesado que ningún corcel podría sostenerle. El primero de los doce grandes dioses es Odino, señor de las batallas, criador, destructor; preside la asamblea celeste en un alto asiento desde donde vé cuanto acaece en el mundo. Tiene doce nombres; y ha usurpado el de Allfandher; cruza los aires sobre un caballo de ocho patas; los combatientes le consagran las almas de aquellos á quienes dan muerte. Pasa invisible á través de los batallones; pero el ardor que inspira al alma de los héroes dá señal de su presencia. Se aleja de los vencidos y presta su lanza á los vencedores; terminada la batalla, las *valkirias*, hermosas y robustas mujeres que presiden á los combates conducen cerca de él las almas de los que han perecido como valientes. Lleva sobre sus hombros dos cuervos, que toman vuelo todas las mañanas, recorren la tierra y tornan al medio día á contarle al oído cuanto han visto.

Quizá se confunde equivocadamente á Wodan con Odino, porque en la fórmula de juración impuesta más tarde á los sajones, se les hacía decir: «Renuncio á todas las obras y á todas las palabras diabólicas, á Thuanaer, á Wodan, al sajón Odino, y á todos sus malditos compañeros.» En esta trinidad, Odino, es distinto del dios del trueno y de Wodan, y designado como sajón; pero los laboriosos alemanes no han podido llegar á sacar su historia de los monumentos tradicionales. Se ha conjeturado que desde la Suecia había pasado á establecerse en Sajonia, donde había fundado á Sighthu-

na, capital del nuevo reino, cuyos príncipes debían ser descendientes suyos. Quizá nació poco antes que Jesucristo, en la época en que los romanos no temían ya á la Germania, que no amenazaban, lo cual hizo que ignoraran completamente la revolución que consumó Odino en medio de aquellas selvas. Guerrero y poeta, introdujo grandes cambios en las creencias del país é impuso con ayuda de sus cantos y de su espada una nueva mitología, ó tal vez no hizo más que modificar la antigua.

Fundándose otros en débiles presunciones, le hacen proceder del Asia en la Escandinavia á la cabeza de una población expulsada de sus hogares por Mitridates. Es más probable que el nombre de Odino se atribuyera á muchos personajes, de los cuales el último, vástago de la raza gótica cuando ésta empezaba á abrazar el cristianismo, restableció las costumbres y las creencias nacionales, retirándose al centro de la Germania. Añádese que para enseñar el desprecio de la muerte se atravesó con una flecha y espiró. Una magnífica hoguera recibió sus despojos mortales y fué colocado en la categoría de los dioses, cuyos misterios habían conservado.

Es de creer que este reformador conoció y practicó los prestigios, que todavía actualmente dan celebridad á los *chamanes* de la Siberia, y de los *angerotes* de Groenlandia. A esto alude el Edda en el siguiente pasaje: «Sabe curar las enfermedades, embotar el acero del enemigo, quebrantar las cadenas de los prisioneros; su mirada detiene la flecha en los aires; hace caer sobre los demás las imprecaciones fulminadas en contra suya. Apaga los incendios y extingue la cólera en el corazón del enemigo; impera sobre el torbellino, calma el furor de las olas; el poder de su mirada fascina á los espíritus malignos, reanima la vida de un ahorcado. Hace á un niño invulnerable, derramando sobre él algunas gotas; si aspira al corazón de una doncella de blancas manos, cautiva los pensamientos á su antojo.»

Después de Odino viene Thor, el dios de la fuerza y del trueno, el enemigo de los monstruos y de los gigantes. Lleva manoplas de hierro que no podría gastar otro alguno; un ceñidor que duplica su vigor, una clava de poder maravilloso, que arrojada lejos vuelve á él; tie-

ne un carro tirado por dos machos cabríos, y cuando le hace correr se oye el trueno.

Freyr rige la lluvia, los vientos, el curso del sol y proporciona abundante cosecha; por eso al principio del verano ponían los germanos su estatua sobre un carro y la paseaban por los campos. Este dios vá armado con una espada, cuyo temple es tal, que hiende las corazas y las rocas.

Cierto día le punza el capricho de subir al trono de Odino, y contemplando desde allí el horizonte no le seducen el oro, ni los palacios, ni las alegres reuniones donde se saborea el aguamiel, sino una doncella de quien se enamora hasta el punto de perder el reposo. Declara á sus amigos la pasión que ha concebido por ella; y uno de ellos se la promete á condición de que le regale su espada; consiente, y en su consecuencia el postrer día se presentará desarmado al combate y será vencido.

En pos de esta triada viene Niord, el Neptuno germano, que distribuye los tesoros ocultos en el mar á sus favoritos; Tiro, protector de los guerreros y de las alteas; Orga, dios del canto y de la poesía, que lleva los unos trazados en su lengua, y se casó con Iduna, la poesía viva, cuyos frutos de oro impiden que envejezcan los dioses.

Heimdall, nacida de siete mujeres, custodia el puente celeste; y tan sutil es en él el sentido de la vista que distingue á cien leguas los pajarillos, vé crecer las yerbas de los campos y la lana de los rebaños.

Balder, dios bueno y amable, principio del bien, idea de lo bello, sueña que debe morir una noche; se lo participa á Odino, quien dá orden de ensillar su corcel y desciende al infierno, donde le revela la suerte de Balder la profetisa á quien consulta. Frigga madre de este dios, hace prometer á todos los seres no dañará á su hijo; pero olvida á un arbolillo recién plantado cerca del Valhalla. Lok, génio del mal lo arranca, y un día que los dioses perseguían jugando á Balder con la lanza y la espada, pone aquella varilla en manos del ciego Hander, quien hiere riendo á Balder y le mata. Gimen el cielo y el universo; se le hacen espléndidas honras, en las que es quemado con sus servidores y su caballo. Pero al aspecto de la enlu-

tada naturaleza se estremece la muerte, y consiente en que Balder renazca, con tal de que sea llorado por todo los seres vivos y no vivos. Odino convoca á la creación entera, y vierten lágrimas y gimen las piedras y las plantas; sólo una vieja hace ostentación de una burlona alegría y protesta que no llorara nunca; es Lok en persona; lo cual hace que Balder permanezca en el sepulcro.

Vidar matará un día al lobo Fenris; Valis es un arquero de formidable maestría; Uller, un valiente patinador; Forzado apacigua las querrelas.

Doce diosas corresponden á estos dioses; Frigga es la mujer de Odino; Freya, diosa del amor se casó con Oddr, quien le abandonó para viajar; entonces empezó á buscarle por todas partes, como Isis, y le lloró con las lágrimas de oro de la fidelidad. Eyra corresponde á la Hygia griega; Gefiona es la patrona de las vírgenes, Lorna reconcilia á los amantes; Vora sabe todo lo que acontece; Snorra protege á los sábios.

A esta mitología añaden los germanos la idea moral de la recompensa en el Valhalla y del castigo en el Niffheim. Se llega al Valhalla por quinientas puertas; lo habitan cuatrocientos treinta y dos mil guerreros, que allí combaten y luego se reúnen en banquetes donde les sirven las hermosas valkarinas que les escancian leche de la cabra Eidrúm y cerveza pura, al mismo tiempo que se recrean con los cuartos de un jabalí que torna á aparecer entero todas las noches. Odino bebe, pero no come, y echa los manjares sólidos á los lobos que le siguen.

Niffheim, el infierno, es un lugar de tinieblas en el fondo del Norte, cruzado por nueve ríos; cuando Hannodr bajó allí para buscar á Balder atravesó durante nueve noches valles enteramente oscuros. Allí es donde están desterrados los cobardes, aunque sin padecer nada.

Lok, mal génio, que se complace en hacer daño, representa el antiguo dualismo; los dioses se valen de él algunas veces porque es astuto; pero consumado maestro en truhanerías, los engaña.

Tuvo dos hijos de Sigyn, y de la hija de un gigante tres monstruos, que son: la serpien-

te Midgard, que envuelve á la tierra; Xela la muerte, y el lobo Fenris. Ligaron los dioses á este, su enemigo, y Thor cogió y encadenó al mismo Lok, con los intestinos de su hijo mayor en tres rocas, de las que en una se hallan sus espaldas, en la otra sus muslos y en la tercera sus rodillas; dejando caer sobre él gotas de veneno una serpiente que se halla suspendida sobre su cabeza. Su mujer, Sigyn, recibe el líquido envenenado en una copa que vacía cuando está llena; entonces corre libremente el veneno por el semblante de Lok, que se agita con horribles angustias, lo cual produce los temblores de tierra.

Llegará un día en que prevalecerán los malos génios, sentiránse entonces tres inviernos, desolando al mundo, el hambre, la peste, los homicidios y los temblores de tierra. Se desbordará el Océano, y flotará en su superficie el Neglefar, nave construida con uñas de muerto, en la que los gigantes perseguirán á los dioses. Midgard azotará las osas, lanzando á los aires su veneno.

Fenris abrirá sus mandíbulas, de las que una tocará la tierra y la otra el cielo. Lok se encontrará á la cabeza de estos artesanos de ruinas, y Surthur le seguirá. Atacarán la fortaleza celeste, vencerán á los dioses, el mundo será presa de las llamas y los hombres perecerán. Entonces resucitará Balder. Allfadder creará una tierra más risueña y apacible, exparciendo en ella la luz del sol; un hombre y una mujer, escapados del universal desastre, la poblarán y producirá sin el trabajo.

Figurándose en su grosera imaginación que los dioses, con la desmesurada estatura que les daban, se encontrarían mal en un edificio humano, no erigieron templos, sino que adoraban á la divinidad en las alturas, cuya voz creían oír en la espesura de las selvas y en el murmullo de los ríos.

El jefe de familia desempeñaba las funciones de sacerdote y de augur, lo que hacía del sacerdocio una magistratura pública. El ávido deseo de conocer el porvenir, siempre excesivo entre aquellos á quienes la prudencia suministraba ménos luces para preveerlo, les hacía observar el canto y el vuelo de los pájaros, el relincho de los caballos, los torbellinos y el eco de los ríos, y más que todo las fases de la luna,

deidad suprema. Interrogaban á veces la suerte por medio del duelo; creyendo, en efecto, que la divinidad presidía todas las acciones del hombre, deducían de esto que debía manifestar su voluntad y su justicia con un milagro evidente. De allí procedieron los juicios de Dios, adoptados en toda la Europa.

Conservaban los sacerdotes la historia del país en cánticos nacionales, y celebraban las alabanzas de los héroes; animando de este modo en los combates el valor de los guerreros, al mismo tiempo que el respeto á la religión les servía para mantener el orden en las asambleas y para apaciguar á los tumultuosos miembros de estas reuniones armadas. Según la creencia de que todo poder emana de Dios, ni el jefe, ni el juez, ni la comunidad podían quitar la vida á ningún hombre libre. Era preciso que interviniese la sanción de la divinidad representada por los sacerdotes, quienes también ejecutaban las sentencias capitales.

Se celebraban cada año, en otoño, en verano y en invierno, tres grandes solemnidades, en las que eran inmolados prisioneros condenados, y algunos caballos blancos, lo cual recuerda un rito persa. La sangre se recogía en palanganas, rociando un pontífice con ella á la multitud, á la que se distribuía cerveza y carne palpitante de caballo. Una festividad solemne tenía además lugar cada nueve años en la Escandinavia, en cuya ocasión se degollaban noventa hombres, con otros tantos gallos, perros y caballos.

Aunque el culto de Odino fué violentamente extirpado por Carlomagno, subsistieron sus huellas mucho tiempo después. La fiesta con la cual celebraba el paisano, en la primavera, la juventud del año, tomó otra significación; pero se conserva en los ritos de Mayo de la Pentecostés cristiana. Aun hoy mismo, en muchos países, en el día más largo (San Juan) se encienden grandes fogatas en las alturas, recordando del homenaje rendido en otro tiempo á los elementos. Las viejas encinas, el magnético fresno y el flexible sauce, no perdieron en la opinión del vulgo el misterioso poder que le atribuía la antigua superstición, y en la noche de San Walpurga créense aún oír los espíritus entregarse á sus bailes, como en tiempo del Valhalla de Odino.